

siente no sé qué impresion, que renace sin cesar en Roma con formas diversas, y hace hallar una compañía para el pensamiento en los objetos físicos, donde quiera mudos y silenciosos

CAPITULO III

Rafael dijo que Roma moderna estaba casi toda edificada con los escombros de la antigua Roma; y á la verdad no se puede dar un paso por ella, sin que llamen la atención algunas reliquias de la antigüedad: por entre las obras de los siglos recientes, se descubren los *muros eternos*, segun la expresión de Plinio; los edificios de Roma tienen casi todos un carácter histórico, y es fácil distinguir, digámoslo así, la fisonomía de las edades. Desde los Etruscos hasta nuestros días, desde aquellos pueblos mas antiguos que los mismos Romanos, y parecidos á los Egipcios por la solidez de sus trabajos, y la extrañeza de sus dibujos, desde aquellos pueblos hasta el Caballero Bernini, artista amanerado como los poetas italianos del siglo XVII, puede observarse el entendimiento humano en Roma en los diferentes caracteres de las artes, de los edifi-

cios y de las ruinas. La edad média y el siglo brillante de los Médicis vuelven á presentárenos en sus obras, y este estudio de lo pasado en los objetos presentes á nuestra vista nos hace penetrar el genio de los tiempos; parece que Roma tenia en otros días un nombre misterioso, conocido únicamente de algunos adeptos; y que todavía es preciso hallarse iniciado en el secreto de aquella ciudad: no es solo un conjunto de habitaciones, sino la historia del mundo, figurada con varios emblemas, y representada bajo diferentes formas.

Corina convino con lord Nelvil en ir á ver juntos desde luego los edificios de Roma, dejando para mas adelante las portentosas colecciones de pinturas y de estatuas que encierra. Quizá, sin advertirlo, deseaba Corina dilatar cuanto pudiese el exámen de lo que no se puede dejar de ver en Roma; porque ¿quién salió de ella jamas sin haber contemplado el Apolo de Belvedere, y los cuadros de Rafael? Esta garantía, aunque tan débil, de que Osvaldo no partiria aun, daba placer á su imaginación. ¿Es altivez, podrá decirse, procurar detener á una persona amada con otro motivo que el de la pasión? Lo ignoro; mas cuanto es mas ardiente el amor, da ménos confianza la pasión que se inspira; y sea cual fuere la causa que nos asegura la presencia del objeto querido de nuestro corazón, la aceptamos siempre con gusto. A veces tiene gran parte la vanidad en cierta especie de altivez, y si

los atractivos generalmente admirados, cual los de Corina, tienen un privilegio verdadero, es porque permiten poner el orgullo en el sentimiento propio, aun mas que en el que inspiran.

Volvieron, pues, Corina y lord Nelvil á dar principio á sus excursiones por las iglesias mas dignas de nota, entre las infinitas de Roma: todas están adornadas con las magnificencias antiguas; pero con aquellos hermosos mármoles y con aquellos adornos de fiesta arrebatados á los templos paganos, se mezcla no sé qué de lóbrego, y extraño: las columnas de pórfido y de granito eran en Roma tan comunes, que se han prodigado casi sin darles precio alguno; y en San Juan de Latran, en aquella iglesia famosa por los Concilios que en ella se han celebrado, se encuentran tantas columnas de mármol, que muchas están cubiertas con yeso para convertirlas en pilastras: ¡tal era la indiferencia que causaba la copia de aquellas riquezas!

Algunas de estas columnas se hallaban en el sepulcro de Adriano, y otras en el Capitolio; estas llevan todavía sobre el capitel la figura de los gansos que salvaron al pueblo romano, y sostienen adornos góticos, y algunos adornos á manera de arabescos. La urna de Agrípa oculta las cenizas de un pontífice, porque los mismos muertos han cedido su lugar á otros muertos, y los sepulcros han trocado de dueños casi tantas veces como la mansion de los vivos.

Cerca de San Juan de Latran está la santa escalera, trasladada, segun afirman, de Jerusalem á Roma, y que no se puede subir sino de rodillas. Tambien el mismo César y Claudio subieron arrodillados la escalera que conducia al templo de Júpiter Capitolino. Al lado de San Juan de Latran está la pila donde dicen que Constantino recibió el bautismo, y en medio de la plaza se ve un obelisco que acaso es el monumento mas antiguo que existe en el mundo. ¡Un obelisco contemporáneo de la guerra de Troya! ¡un obelisco, respetado por el bárbaro Cambises, en términos de hacerle mandar cesar en su honor el incendio de una ciudad! ¡un obelisco, por el cual empeñó un rey la vida de su hijo único! Los Romanos le han hecho llegar milagrosamente del centro del Egipto á Italia; mudaron la corriente del Nilo para que fuese á buscarle, y llevarle hasta el mar, y todavía se ve cubierto de jeroglíficos que guardan su secreto hace tantos siglos, y desafian aun hoy las mas sábias investigaciones, mientras que acaso aquellos signos nos revelarian á los Indianos y á los Egipcios, y la antigüedad de la antigüedad. El encanto prodigioso de Roma, no es solo la belleza real de sus monumentos, sino el interes que inspiran excitando á pensar, y esta especie de interes se aumenta cada dia con un nuevo estudio.

San Pablo es una de las iglesias mas singulares de Roma: su exterior es de una granja mal construida,

y lo interior se halla adornado con 80 columnas de tan hermoso mármol, y de tan perfecta forma, que se piensa son pertenecientes á un templo de Aténas descrito por Pausanias. Ciceron dice: *Estamos rodeados de los vestigios de la historia.* ¡Si él lo decia entónces, qué diremos nosotros ahora!

Las columnas, las estatuas y los bajos relieves de la antigua Roma se hallan prodigados de tal suerte en las iglesias de la ciudad moderna, que en una (Santa Ines) los bajos relieves sirven de gradas en una escalera, sin que nadie haya cuidado de averiguar lo que representan. ¡Qué portentosa vista presentaria hoy Roma antigua, si se hubiesen dejado en el mismo sitio donde se hallaron las columnas, los mármoles y las estatuas! aun estaria casi toda en pié la ciudad antigua; ¿mas osaran pasearse por ella los hombres de nuestros dias?

Los palacios de los grandes señores son sumamente espaciosos, de arquitectura á veces hermosa, y siempre llena de majestad; pero los adornos interiores no suelen ser de buen gusto, porque en Roma no se conocen los aposentos elegantes que las comodidades perfeccionadas de la vida social han hecho inventar en otras partes. En estas espaciosas moradas de los príncipes romanos reinan la soledad y el silencio; los indolentes habitantes de aquellos suntuosos palacios se retiran á algunas piezas reducidas, y poco aparentes, y dejan que los extranjeros recorran sus magnificas galerías, donde se ven

reunidas las pinturas mas selectas del siglo de Leon X; porque estos grandes señores romanos distan tanto del pomposo lujo de sus mayores, como ellos distaban de las virtudes austeras de los Romanos de la república. Las casas de campo dan todavía mas idea de la soledad, y de la indiferencia de los dueños, en medio de las mansiones mas admirables del mundo; paséase por aquellos inmensos jardines, sin pensar siquiera que tienen dueño; crece la yerba en medio de las alamedas abandonadas, están los árboles recortados con arte, segun el gusto antiguo que reinaba en Francia: ¡notable rareza, por cierto, olvidar lo necesario, y cuidar de lo inútil con afectado esmero! Pero frecuentemente causa sorpresa en Roma, y en la mayor parte de las ciudades de Italia, la aficion que tienen los Italianos á los adornos amanerados, al paso que están viendo la noble sencillez antigua; aman lo brillante mas que lo elegante y lo cómodo, y en todo tienen las ventajas y los inconvenientes de no vivir habitualmente en sociedad. Su lujo es mas para la fantasia que para la comodidad, y viviendo aislados entre sí, no pueden temer el espíritu de burla que rara vez penetra en Roma á los secretos de la casa; de forma que pudiera creerse muchas veces, observando la oposicion de lo interior con lo exterior de los palacios, que la mayor parte de los grandes señores de Italia adornan sus moradas para deslumbrar á los pasajeros, mas no para recibir en ellas amigos.

Después de examinar las iglesias y los palacios, llevó Corina á Osvaldo á la Villa Mellini, jardín solitario, y sin mas adorno que frondosísimos árboles : desde allí se descubre, á lo léjos, la cadena de los Apeninos, y la transparencia del aire colora aquellos montes, y los aproxima, y los señala de una manera maravillosamente pintoresca. Osvaldo y Corina permanecieron en aquel sitio algun tiempo para disfrutar de la serenidad del cielo, y de la quietud de la naturaleza. No se puede formar idea de aquella quietud singular, sino habiendo vivido en las regiones meridionales; no se percibe en un día caloroso el soplo mas leve de viento; las mas menudas ramas de césped están en una perfecta inmovilidad; hasta los animales participan de la indolencia que inspira el buen tiempo; ni se oye á medio día el zumbido de las moscas, ni el ruido de las cigarras, ni el canto de las aves : nadie se molesta con agitaciones inútiles y pasajeras, todo duerme hasta el punto en que las tormentas y las pasiones despiertan á la naturaleza vehemente, que sale con ímpetu de su profundo descanso.

En los jardines de Roma hay muchos árboles siempre verdes que aumentan todavía la ilusión producida por la suavidad del clima durante el invierno : los pinos de gravísima figura, anchos y hojosos hácia la cima, y casi enlazados unos con otros, forman como una especie de llanura en el aire, cuya vista, mirando desde un sitio bastante

alto, es verdaderamente deliciosa, mientras que los árboles inferiores están situados al abrigo de aquella verde bóveda. Dos palmas no mas se encuentran en Roma, y las dos están en jardines de religiosos ; una de ellas, puesta encima de una altura, sirve de punto de vista á lo léjos, y siempre se experimenta un sentimiento de placer al divisar, al volver á hallar en las varias perspectivas de Roma, aquel enviado del Africa, aquella imagen de un mediodía aun mas ardiente que el de Italia, que excita tantas ideas y tantas sensaciones nuevas.

— ¿ No os parece, dijo Corina contemplando con Osvaldo la campiña que los rodeaba, que la naturaleza hace pensar mas en Italia que en ninguna otra parte? Pudiera creerse que está aquí en relación mas inmediata con el hombre, y que el Criador usa de ella como de un idioma entre la criatura y él. — Así me parece, en verdad, replicó Osvaldo; mas ¿ quién sabe si lo que hace mi corazón sensible á cuanto estoy mirando, no es el enternecimiento profundo que vos excitaís en mi alma? Vos me revelais los pensamientos y las conmociones que los objetos exteriores pueden producir; solo vivia en mi corazón, y vos despertásteis mi fantasía; empero esta magia del universo que me enseñais á conocer, jamas me presentará cosa alguna mas hermosa que vuestras miradas, ni mas tierna que vuestra voz. — ¿ Pueda ese sentimiento que os inspiro durer á la

par de mi vida, dijo Corina, ó por lo ménos, no dure mi vida mas que él!

Oswaldo y Corina dieron fin á su viaje de Roma por la Villa Borghese, de todos los jardines y palacios romanos el mas adornado con el extremo del gusto y del fausto, por la naturaleza y las artes reunidas en su mayor esplendor. Vense allí árboles de todas especies, y magnificas aguas, mézclanse una reunion increíble de estatuas, vasos y antiguos sarcófagos, con el suave frescor de la jóven naturaleza del Sur; parece que revive en aquel sitio la mitología de los paganos; las náyades están colocadas á la orilla de las aguas, las ninfas en bosques dignos de ser su morada, los sepulcros debajo de las sombras eliseas, la estatua de Esculapio en medio de una isla, la de Vénus en ademan de salir de las ondas; Ovidio y Virgilio pudieran pasearse por aquel hermoso sitio, y pensar que aun se hallan en el siglo de Augusto. Las obras maestras de escultura que encierra el palacio le dan una magnificencia siempre nueva: divisase á lo léjos, por entre los árboles, la ciudad de Roma, y San Pedro, y las campiñas, y los dilatados arcos, reliquias de los acueductos que llevaban á la antigua Roma los manantiales de los montes. Todo allí está dispuesto para el pensamiento, para la fantasía, para la meditacion, las sensaciones mas puras se confunden con los placeres del alma, y dan idea de una perfecta ventura; pero cuando se pregunta ¿por qué

aquella mansion de delicias no está habitada? responden que el mal aire (*la cattiva aria*) no permite vivir allí en el verano.

Este mal aire sitia, digámoslo asi, á Roma; cada año adelanta algunos pasos, y obliga á dejar las habitaciones mas preciosas entregadas á su imperio: sin duda la falta de los árboles en el campo al rededor de la ciudad es una de las causas de la insalubridad del aire, y quizá por esta razon los antiguos Romanos habian consagrado los bosques á las diosas, á fin de que el pueblo los respetase. Ahora ya han caido innumerables selvas: ¿podrian en efecto existir en nuestros dias sitios bastante santificados para que la codicia se abstuviese de talarlos? El mal aire es el azote de los habitantes de Roma, y amenaza á la ciudad con una despoblacion absoluta; mas acaso aumenta el efecto que producen los soberbios jardines que se ven en el recinto de Roma: el maligno influjo no se advierte en ninguna señal exterior; respírase un aire al parecer puro, y en realidad sumamente agradable; la tierra es fértil y risueña, y una frescura suavísima descansa por la noche de los ardientes calores del dia; mas, ¡ay, todo aquello es muerte!

— Agrádame, decia Oswaldo á Corina, este riesgo misterioso, invisible, este riesgo bajo la apariencia de las mas dulces impresiones. Si la muerte no es, como yo creo, mas que un llamamiento á otra existencia mas venturosa, ¿por qué la esencia de las

flores, la sombra de los hermosos árboles, y el aliento refrigerante de la noche, no serían mensajeros encargados de traernos tan fausta nueva? El gobierno debe velar ciertamente por todos medios para conservar la vida humana; pero la naturaleza tiene secretos que solo la imaginación puede penetrar; y fácilmente comprendo cómo los habitantes y los extranjeros no huyen de Roma por la especie de peligro que corren en ella mientras duran las estaciones más hermosas del año.

LIBRO SEXTO

COSTUMBRES Y CARACTER DE LOS ITALIANOS

CAPITULO I

La irresolución del carácter de Osvaldo, aumentada con sus desgracias, le inclinaba á temer todas las determinaciones irrevocables: ni se había siquiera atrevido, en su perplejidad, á preguntar á Corina el secreto de su nombre y de su destino, y no obstante su amor hácia ella cada día se hacía más violento; jamás la miraba sin conmoverse; apenas podía, aun en medio de las gentes, apartarse un instante del sitio donde estaba sentada; y no salía de su labio una palabra que él no sintiese en su corazón, ni tenía un momento de tristeza ó de gozo,